

Cuéntalo San Mateo, que como había sido él también cobrador, aunque del estado, se fijó en este hecho que los demás evangelistas omitieron.

«Y al entrar a Cafarnaúm se acercaron a Pedro los cobradores del didracma, y le dijeron:—¿Y vuestro Maestro no paga el didracma?»

»Respondió él:—Sí por cierto.

»Pero cuando entró en casa antes que él hablase le dijo Jesús:—¿Qué te parece, Simón? los reyes de la tierra ¿de quiénes reciben tributo o censo? de sus hijos? de los extraños?»

»Y dijo Pedro:—De los extraños.

»—Luego los hijos están exentos, dijo Jesús».

Parece que quiso corregirle de lo que con tanta precipitación había concedido que su Maestro pagaba tributo, y darle a entender que él no estaba sujeto a pagar aquel censo. Pero luego añadió:

»—Mas para que no los escandalicemos, vete al mar, echa el anzuelo, y toma el primer pez que cojas; ábrele la boca, y encontrarás en ella un estater; lo tomas y pagas por ti y por mí».

Un estater valía dos didracmas, y servía para pagar por dos. Y es notable que el Señor quisiese pagar por sí y por su vicario, dando así a entender que eran una misma cosa los dos en cierta manera, y que si pagaban por no escandalizar y por evitar cuestiones, pero que no estaban obligados a pagar nada. Y a fin de conciliar esta cesión de derechos, con su dignidad y majestad, aunque no les hubiera sido muy difícil hallar la pequeña cantidad de tres pesetas, que era lo que próximamente valía un siclo, un estater o dos didracmas, quiso dar a entender que pagaba porque quería, pues él era el dueño de toda la creación, de todos los estateres y siclos y didracmas, pues los tenía a su disposición aunque no fuese más que en la boca de sus peces.

134. ENVIDIA DE LOS APÓSTOLES

(L. 9, 46; Mc. 9, 32-33; Mt. 18, 1)

Por el camino los apóstoles un poco separados sin duda de Cristo, entablaron entre sí una bien poco edificante dis-

puta, que todavía en adelante habían de suscitar más veces. Reñían acerca de quién era de todos ellos el principal y el mayor.

Habían visto la preferencia dada por Jesús pública y solemnemente a Simón. Y de esto no debía caberles duda. Tal vez, sin embargo, suponían que aun a Pedro se podrían acaso adelantar, y ya veremos como en una ocasión la madre de los Zebedeos pide para sus dos hijos el primero y segundo sitios en el reino de Cristo. Pero, en fin, si es que se resignaban a esta preeminencia de Simón, pero ninguno se resignaba a quedarse de los últimos. Y como hacía poco habían observado que Jesús para ir al Tabor, a lo que ellos no sabían, había escogido a Jacobo y a Juan juntamente con Pedro, acaso les entraron celos y envidias, propios de los corazones humanos. Y a espaldas de Cristo, sin recordar que éste lo oía todo, por secreto que se hablase, pusieron ruina a disputar acerca de quién de ellos valía más.

Entrados en casa, tomó de aquí motivos el Salvador para darles muchas y muy hermosas lecciones.

135. UNA CONVERSACIÓN DEL MAESTRO EL NIÑO. LA HUMILDAD.

LOS QUE OBRAN EN NOMBRE DE CRISTO. EL ESCÁNDALO

(L. 9, 47-50; Mc. 9, 34-49; Mt. 18, 1-14)

Debía estar en una casa de mucha confianza, donde por lo que después se verá había por lo menos algún niño, y seguramente que estaban reunidos los discípulos y los de la casa con el Maestro en íntima confianza y seguridad de familia.

Con que viéndolos reunidos, Jesús que conocía el interior de sus corazones, les preguntaba:

«—¿Qué venías tratando en el camino?»

Callaban ellos llenos de rubor, y no se atrevían a decirselo.

«Entonces Jesús sentóse y reunió a los doce y les dijo:

«—Si alguno quiere ser el primero, que sea el último de todos y que sirva a todos.

»Y llamó a un niño (sin duda algún niño de la casa, que

algunos dicen que fué San Ignacio Mártir y otros que San Marcial) y lo tomó y lo puso en medio de todos junto a sí. Y cogiéndolo en sus brazos les dijo:—En verdad os digo que si no os mudáis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos». Como diciendo, ni mayores ni menores, ni primeros ni últimos, mientras no os hagáis humildes, mansos, inocentes, resignados como niños, ni siquiera entraréis en el reino de los cielos. Y prosiguió diciendo: «Quien se humillare como este niño, ese será el mayor en el reino de los cielos. Y el que reciba a un niño como éste en mi nombre, como si me recibiese a mí, y el que me reciba a mí, no solamente me recibe a mí, sino que recibe al que me envió».

Hermosa gradación. Después de procurar que sus discípulos sean como niños por la humildad y mansedumbre, para que, a pesar de ello, no sean despreciados, añade: y mirad que el que reciba a los tales niños, sea al que lo es por la edad como éste, sea a los que lo son por la virtud, como vosotros, si lo recibe en mi nombre, es decir, por mi respeto y gracia, merecerá de mí como si me recibiese a mí mismo, de la misma manera que quien me recibe a mí merece del Padre lo mismo que si le recibiese a él mismo, en cuyo nombre yo he venido.

Y tomando pie de aquí comenzó con sus discípulos una conversación en la que tocó varios puntos, acaso sin perfecta conexión entre sí, sino como sucede en las conversaciones familiares según se presentan las ideas y según las interrupciones llevan a una u otra parte las palabras. Los Evangelistas nos han conservado los principales conceptos, algunos de los cuales ya en otras ocasiones más o menos solemnemente Jesucristo los había pronunciado, o los había de pronunciar después.

Volviendo, pues, al tema principal, decía:

«El que recibe a un niño como éste en mi nombre como si me recibiese a mí. Porque el que es el menor entre vosotros (por su humildad) ese es el mayor.

»Interrumpiéndole entonces Juan, le dijo:—Pues, Maestro, en tu nombre hemos visto a uno que no anda con nosotros, que andaba echando los demonios, y se lo hemos prohibido, porque no es de nuestra compañía.

»Y les dijo Jesús:—No se lo prohibáis. Porque no hay nadie que haga milagros en mi nombre y pueda pronto hablar mal de mí. El que no está contra vosotros está por vosotros». No cabe duda que aquel que en nombre de Cristo procuraba echar a los demonios, alguna fe tenía en Cristo, y si no era discípulo en lo exterior y reconocido, pero interiormente debía serlo, y confiar en la virtud de Cristo. Y aunque en otra ocasión el Maestro había de decir otra sentencia que parece contraria a ésta, «el que no está conmigo está contra mí», pero en realidad las dos son una misma. Porque éste de quien habla San Juan, aunque no estaba públicamente afiliado al colegio de Cristo, sea por lo que sea, pero en realidad estaba por Cristo, y aun lo daba a entender así en su conducta. Y acaso Dios le favorecía con milagros, pues aunque de la interrupción de San Juan no se deduce de si en realidad echaba o no echaba los demonios, sino que procuraba echarlos, mas el Señor da a entender que realmente los echaba, cuando dice aludiendo a éste: Nadie hace milagros en mi nombre y se pone de pronto a hablar contra mí.

Y confirmando entonces lo grande que es hacer cualquier caridad en nombre y por gracia de Cristo, sobre todo a sus enviados, añade:

«—Si alguno os da un vaso de agua en mi nombre y porque sois de Cristo, yo os lo digo, no perderá su recompensa».

Tenía el amable Maestro al niño en sus brazos, y en medio de la conversación tornó a él su cariñosa mirada. Y penetrando por aquellas pupilas purísimas en lo interior de aquel espíritu infantil, inocente, puro, cándido y exento de toda malicia ¡ay! sus ojos previsores de lo futuro vieron los peligros a que aquella criatura iba a exponerse, por culpa principalmente de los adultos, que sin guardar el debido respeto a la infancia la empujan por el mal inconsideradamente con escándalos. Y lleno de indignación contra los que así destruyen la inocencia de sus amados, prosiguió su conversación, diciendo:

«—El que escandalice a uno de estos pequeños que creen en mí, le sería mejor que le atasen al cuello la rueda de molino que mueve el asno y lo hundiesen en lo profundo

del mar. ¡Ay del mundo por sus escándalos! Porque sin duda que no se podrán evitar los escándalos. Pero ¡ay de aquel por quien venga el escándalo! Si te escandaliza tu mano, córtatela; mejor te será entrar en la vida manco, que irte con las dos manos a la gehena (al infierno) al fuego inextinguible. Y si te escandaliza tu pie, córtatelo; porque mejor te será entrar cojo en la vida, que irte con los dos pies a la gehena del fuego inextinguible. Y si tu ojo te escandaliza arráncatelo; mejor te será entrar tuerto en el reino de Dios, que ser enviado con los dos ojos a la gehena de fuego, donde el gusano (del remordimiento) de los que allí están no muere, ni se extingue el fuego. Porque todos serán salados con fuego, como toda víctima es rociada con sal».

Gehena era el nombre con que en el Nuevo Testamento designaban los Apóstoles y Escritores Santos el infierno. *Ge hinnom* el «Valle de Hinnom» de donde hemos formado Gehenna era un valle situado al sudoeste de Jerusalén... En él, según nos refiere el libro de los Reyes, los judíos idólatras ofrecieron sacrificios a Moloch, quemando en su honor niños vivos. Cuando el piadoso rey Josías quiso poner término a estas abominaciones, para hacer el sitio odioso y abominable para siempre, mandó hacinar en él cadáveres de animales y todo género de inmundicias, y darles fuego. Por todo lo cual se le llamó en adelante Gehenna de fuego, y llegó a ser imagen del destino de todo lo abominable y condenado a fuego perpetuo, y sobre todo en el Nuevo Testamento, prestó su nombre al infierno en que serán hacinados todos los inmundos y malhechores para ser atormentados.

Para entender la última sentencia del Salvador, que es para nosotros harta oscura, hay que recordar que todas las víctimas antes de ser ofrecidas eran rociadas de sal, símbolo de incorrupción y de sazón. Y dice el Salvador que así como las víctimas que se ofrecen a Dios, así todos los que están ante sus ojos tienen que ser salados de una o de otra manera y purificados con uno ú otro fuego. Y ¡ay de aquellos que aquí no se hayan salado con la sal de la virtud y purificado con el fuego de mortificación de las concupiscencias! porque serán salados y purificados con el fuego inextinguible. Este parece ser el sentido de Nuestro

Señor en estas palabras. Y es de notar que todas ellas serían claras en la conversación a sus discípulos, pues por el tono, por la mayor explicación que daría a sus palabras, por el diálogo que tal vez sostendría con sus discípulos y por otras circunstancias haría claro, lo que a nosotros contado sucintamente y sin la conexión que en la conversación tendría nos resulta oscuro.

Y prosiguió el Maestro de este modo:

«—Buena es la sal; pero si la sal está desazonada ¿con que la sazonaréis? Conservad la sal entre vosotros y guardad paz entre vosotros». Que era advertirles que si hubiesen tenido la sal de la virtud, hubieran conservado entre sí la paz, sin aquellas reyertas ambiciosas acerca de preferencias humanas.

Seguía la conversación y decía Jesús volviendo a su pequeñuelo que seguía con él jugando cariñoso:

«—Mirad que no despreciéis a ninguno de estos pequeños; porque os digo que sus ángeles en el cielo están siempre viendo la cara de mi Padre que en el cielo está. Y el Hijo del Hombre ha venido a salvar lo que había perdido. ¿Qué os parece? si uno tiene cien ovejas y una de ellas se extravía, ¿no deja las noventa y nueve en los montes y sale en busca de la que se le extravió? Y si la encuentra, yo os aseguro que se goza más con ella que con las noventa y nueve que no se le perdieron. Esta misma es la voluntad de vuestro Padre que está en los cielos, que no perezca ni uno de estos pequeños».

¡Oh bondad de Nuestro Señor! ¡oh bondad del Padre! ¡oh bondad del Hijo! oh excelencia de las almas, aunque sean las de un pequeñuelo despreciable a los ojos humanos! El hombre más pequeño y despreciable por su humildad tiene un ángel que le guarda, un ángel que está en la presencia de Dios, y puede a Dios omnipotente quejarse del mal que a aquel a quien guarda hacen, los que le escandalizan, y aun obtener castigos y venganzas celestiales para el escandaloso. El hombre más humilde merece las atenciones del Padre celestial, y del Hijo divino, el cual viendo que nuestras almas perecían, bajó a nuestra miserable tierra y nos buscó y cuando nos halla siente más gozo por cada uno de los que encuentra que por noventa y nueve que están

seguros. Ya lo repetirá otras veces el Salvador, y ya tendremos ocasión de entender esta preciosa doctrina tan halagüeña para nosotros, pobres ovejas descarriadas y pecadores extraviados. Gran consuelo saber, si somos humildes, que «la voluntad de nuestro Padre que está en los cielos es que no perezca ni uno solo de sus pequeñuelos».

Tal fué la conversación que Jesús tuvo en aquella casa con sus discípulos en el seno de la confianza. El tema principal fué la humildad de que tan ajenos se habían mostrado los apóstoles en el camino en sus disputas. Alrededor de este tema el Maestro toca en otras varias materias, según ellas van saliendo. Y es dulce ver al gran Mesías abrazando a un tierno niño y deduciendo de aquel pimpollo de santo el suave perfume de la humildad y la más sublime esencia de la virtud. Sea o no sea verdad esta tradición, yo me complazco en creer que fué Ignacio el niño que entonces tuvo la dicha de estar reclinado en el brazo de Jesús, mientras, sin entenderlo él todavía, enseñaba el Maestro tan dulces doctrinas. No es extraño que aquel niño, varón ya y maduro cristiano, desease entrarse por la boca de los leones para volver a gozar de aquel abrazo de su infancia que tan dulce recuerdo debió dejar en su corazón.

136. NO QUIERE IR A JERUSALÉN CON SUS PARIENTES

(J. 7, 2-9)

Acercábase por entonces una de las más pintorescas fiestas de Jerusalén. La Escenopegia. Al otoño, cuando ya las tareas del campo pueden darse por terminadas, cuando ya las mieses están en los graneros, y el mosto en el lagar, los israelitas se encaminaban a Jerusalén. Y recordando el tiempo en que al caminar a la tierra prometida vivían en el campo bajo tiendas enramadas y campestres, aprovechando el ya inútil ramaje de los árboles despojados de su fruto, recreándose en la apacible temperatura que el otoño regala a la tierra, y en fin, dando a la fiesta el carácter agrícola que le convenía, en vez de meterse en las casas o de armar tiendas de lona, los israelitas todos formaban en las calles tiendas de ramaje, y moraban en ellas durante toda una semana o más días.

Era la fiesta de las mieses: era la acción de gracias por haberles Dios regalado aquella tierra abundante en leche y miel.

Las fiestas eran tan solemnes casi como las de pascua, y más alegres y festivas. El 10 del mes de Thischri, cinco días antes de las solemnidades se celebraba la Expiación, día de ayuno, día de sacrificios, y de uno sobre todo bien singular y significativo. El gran sacerdote cogía dos cabrones; el uno era sacrificado; tomando luego al otro, el sacerdote puestas las manos sobre su propia cabeza con solemnes fórmulas confesaba los pecados del pueblo de Israel, y luego pasando las manos de su cabeza a la del cabrón, ponía en éste todas sus iniquidades. Cogido entonces el sucio animal por un ministro, era llevado al desierto hasta un precipicio que distaba unos 18 kilómetros, por el cual el cabrón era precipitado. Por señales, que se trasmitían por banderas de trecho en trecho puestas en el camino, llegaba pronto la noticia a Jerusalén. Entonces se arriaba la bandera roja que se había puesto a la puerta del templo, y se izaba la blanca, señal a todo el pueblo de que Dios perdonaba sus pecados, y de que éstos, una vez perdonados, no habían de volver, como no volvería el cabrón que ritualmente se los había llevado consigo y despedazado con su propio cuerpo al caer precipitado.

A los cinco días de la Expiación comenzaba la Escenopegia, como si digéramos la *Plantatiendas*, mientras en el templo se multiplicaban los holocaustos. Por la mañana se vertía en el altar agua de Siloé en memoria de la que Moisés hizo brotar de la peña. Por la tarde se iluminaba en grande el atrio del templo en recuerdo de la luminosa nube que Jehová encendió en el desierto.

Acercándose, pues, la fiesta, ibanse ya formando las caravanas y los grupos. A los hermanos de Jesús, es decir, a sus primos y parientes, les debió parecer pintada aquella ocasión para ir en compañía de Jesús, y acabar de saber en Jerusalén, ciudad autorizada y la más apropiada para resolverlo en definitiva, qué era lo que de aquel Maestro y de aquella doctrina nueva debía creerse. Así, pues, al ir formando su grupo o caravana pensaron en su primo, y visitándole en Cafarnaúm le dijeron:

«—Pasa de aquí a Judea, para que tus discípulos conozcan las obras que tú haces. Porque nadie hace una cosa a ocultas, cuando quiere ser considerado en público: si es verdad que haces todo eso, manifiéstate al mundo».

«Es, lo nota el Evangelista San Juan, que sus hermanos no creían en él».

Acaso medio creían, pero no del todo, ni mucho menos, como se ve por lo que hemos dicho. Y ya en otras ocasiones habían dado muestras de su incredulidad, cuando le quisieron hacer pasar por loco. Y si bien después habían visto y oído muchos prodigios, todavía su orgullo y su desdén hacia su pariente que veían levantarse a una grandeza inconcebible y nunca por ellos soñada, les hacía desconfiar de él.

Sus razones no dejan de ser humanamente prudentes. Si no haces milagros aquí, no esperes ni aspiras a que se te tenga por el Mesías. Tus discípulos que tienes en Judea y Jerusalén, no creerán en milagros que haces donde ellos no los ven. Las autoridades religiosas de nuestro pueblo no te confirmarán la misión que te atribuyes. Y con razón, porque haces tus obras lejos de ellos.

No había de guiarse Jesús por consideraciones humanas, ni estaba bien que aceptase la compañía de sus parientes, y se presentase con ellos en Jerusalén. En toda la vida de Jesús se nota constante y decidido empeño de aislarse de toda fuerza humana, de toda influencia distinta de la suya; de modo que mientras él vivió, él se hizo todo lo que quería se hiciese, y apartó de sí todo apoyo humano, porque ni tenía de él necesidad, ni quería se creyese que su triunfo y sus victorias se debían a fuerzas humanas. Y por eso dijo a sus parientes que no pensaba ir con ellos: «No ha venido aún mi ocasión: la vuestra está siempre a punto. El mundo no puede aborreceros: pero a mí me aborrece porque yo doy testimonio acerca de él, de que sus obras son malas. Subid vosotros a esta fiesta; yo no subo a esta fiesta porque no se ha cumplido aún mi ocasión».

Así dijo Jesús y se quedó en Galilea. Mas después también él, como veremos, subió a la fiesta de la Escenopegia: Y es claro que desde luego vacila el ánimo pensando qué género de ficción o engaño o cambio de parecer hubo en

Jesucristo, para que dijese una cosa e hiciese otra de lo que había dicho. Pero si se miden las palabras de Jesucristo se advertirá que bien pudo decir lo que dijo, aunque su intención fuese subir luego, más tarde, después de comenzada la fiesta, como subió en efecto. Su sentido era: «yo no tengo intención de asistir a esa fiesta desde el principio». Así que subid vosotros sin mí, y no me aguardéis. No es esta la ocasión buena para mí, que no quiero ir a la fiesta ni entrar con el aparato con que vosotros pensáis de entrar, y mucho más si lográis que yo vaya con vosotros».

En efecto, esto es lo que Jesús quería. Entrar disimuladamente algunos días después de comenzada la fiesta, cuando despistadas las turbas y los fariseos, al ver que no se presentaba en los primeros días, creyendo que ya no vendría no le esperaban.

Formaron, pues, sus primos su caravana y marcharon en ella sin Jesús, que fué combinando las cosas disimuladamente como veremos.

137. MARCHA JESÚS A JUDEA

(J. 7, 10; L. 9, 51; Mc. 10, 1; Mt. 19, 1)

Aunque había dicho aquello a sus primos, sin embargo en su interior tenía determinado ir también él a Judea, antes de que se acabase la Escenopegia, ya que no a toda ella desde el principio.

Solemne es este momento de la vida de Cristo, decidido este día de su partida a Judea desde Galilea. Iba esta vez para no volver. Restábanle seis meses no más de vida. Los días de su ascensión, como llama San Lucas a los del fin de su vida y de su resurrección y ascensión a los cielos, se acercaban. Y se lo había ya claramente predicho poco antes Jesucristo: «Es necesario que yo vaya a Jerusalén y que allí sufra mucho y sea reprobado por los ancianos y sumos sacerdotes y escribas y sea muerto y resucite al tercer día».

Pues bien, esa hora llegaba. El viaje a Jerusalén comenzaba a realizar la profecía. Jesús salía de Galilea para siempre. Desde aquel otoño hasta la primavera siguiente el centro de su vida sería Jerusalén y su misión alrededor de la ciudad Santa.

Por eso al decir San Lucas que resolvió ir a Jerusalén usa de este hebraísmo enérgico: «Cuando se iban a cumplir los días de su ascensión, afirmó su faz para ir a Jerusalén. Y en cuanto subieron sus primos subió también él a la fiesta, no manifiestamente sino como de oculto».

De oculto dice, no precisamente porque fuese del todo en secreto, sino porque no fué con aquella solemnidad con que entraban los demás que llegaban en las caravanas, sino sencillamente; no como cuando caminaba por Galilea rodeado de inmensa muchedumbre, sino acompañado únicamente de algunos discípulos, y acaso más disimulado aún cuando entró en Jerusalén que cuando iba por el camino.

Emprendió, pues, el viaje de la ciudad de su muerte, y dió el primer paso para la pasión que le esperaba. Y lo dió animoso, esforzando su santísimo corazón, y afirmando su frente serena contra la tempestad en que se metía.

138. LA REPULSA DE LOS SAMARITANOS

(L. 9, 52-56)

El camino lo dirigió a Jerusalén por Samaría. Mal viaje para caminar un judío a Jerusalén.

No había espectáculo más ingrato a un samaritano que ver a los israelitas caminar en dirección a Jerusalén en el tiempo de las fiestas. Ellos que tenían su templo de Garizim se enfurecían de pensar que los judíos se arrogasen el privilegio exclusivo de adoración para su templo de Jerusalén.

Entrados en Samaría, envió Jesús delante algunos de los suyos que le preparasen hospitalidad y sitio de descanso, como otras veces solía. Estos entraron en un pueblo, que algunos dicen que sería En-Cannim, la «Fuente de los jardines», que cierto bien pocas flores dió a su Señor. Porque sus habitantes, observando que llevaba trazas de ir a Jerusalén, se negaron a darle hospitalidad.

Lleváronlo muy a mal todos los discípulos. Mas sobre todo Jacobo y Juan, los Hijos del trueno, irritáronse sobre manera, y recordando los milagros de Elías y los que a ellos mismos el Señor en otras ocasiones les había comunicado, no cayendo en la cuenta de que todos ellos habían

sido para hacer bien, presentáronse airados al Maestro y le dijeron resueltos:

«—Señor, quieres que mandemos bajar fuego del cielo que los abraze?»

Volvióse el mansísimo Jesús, y les increpó diciendo:

«—No sabéis de qué espíritu sois. El Hijo del hombre no ha venido a perder almas, sino a salvarlas».

Callaron todos, y disimulando prosiguieron a otro pueblo, fuera sin duda de Samaría, por donde era peligroso aquellos días el viaje.

139. TRES VOCACIONES

(L. 9, 57-62; Mt. 8, 19-22)

«Y siguiendo su camino se les acercó un escriba que le dijo:—Maestro, yo iré contigo adonde quiera que vayas.

«Respondióle Jesús:—Las zorras tienen cuevas, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza».

Así le dió a entender que no traía buena disposición; ya que su deseo de vida cómoda no era compatible con la pobreza del Maestro. No sabemos si el Escriba siguió a Jesús, o advertido de esta manera renunció a seguirle.

Llevaba consigo uno de sus discípulos, al cual debió morirle por aquellos días su padre. Como era natural pensaría en ir a sus funerales para volverse en seguida. Mas Jesús le dijo:—Sígueme.

«—Permíteme antes, le dijo el discípulo, que dé sepultura a mi padre.

»—Deja a los muertos, le dijo Jesús, que sepulten a los muertos, tú sígueme y ve ahora a anunciar el reino de Dios».

Porque ya preparaba la misión que en seguida iba a enviar por la Judea.

Santo, sin duda, era el deseo de aquel hijo, y piadosa su proposición de dar sepultura a su padre. Pero hay otras ocupaciones más santas y preferibles, sobre todo cuando hay quienes puedan ocuparse de las otras y suplir la presencia de los hijos. Podían muy bien esta vez los muertos, es decir, los que no estaban con Cristo, emplearse en en-

errar a los muertos, mientras el hijo vivo por la virtud que Cristo le comunicaba podía dar mucha más gloria a Dios saliendo como debió salir en la misión que a poco envió el Señor.

Otro, en fin, le dijo:

«—Yo te seguiré, pero déjame primero ir a despedirme de los de mi casa».

Tal vez venía siguiendo al Señor desde Galilea, y viendo que aquella salida iba a ser para largo tiempo, sobre todo desde que el Señor empezó a organizar la misión de los discípulos, juzgó conveniente despedirse, antes de ir adelante, de los suyos que atrás quedaban, y por eso le pidió al Señor esta licencia.

No se la dió el Maestro, antes le dijo gravemente:

«—Los que, una vez que han puesto mano al arado, vuelven la vista atrás no son aptos para el reino de Dios».

Suponemos que así éste como el anterior, se aquietarían con las palabras del Maestro, y se dispondrían a salir en la misión que éste estaba organizando.

140. LA MISIÓN DE LOS SETENTA Y DOS DISCÍPULOS MALDICIÓN A COROZAÍN, A BETSAIDA Y CAFARNAÚM (L. 10, 1-16; Mt. 10, 15-16; 40-42; 11, 20-24)

Estaba, en efecto, según hemos indicado, preparando el Maestro una misión de sus discípulos.

La ocasión era muy importante. Venía de Galilea y entraba en otras regiones que no le conocían, como aquella le conocía ya. Iba a tener poco tiempo para recorrer tantos pueblos como quería recorrer. Deseaba además adiestrar a sus discípulos en la predicación y comunicarles en vida, no solo su doctrina, sino también sus prácticas.

Y así como en la otra misión envió a sus apóstoles, honrándolos de aquella manera, así ahora deseaba enviar a los demás discípulos, para que también éstos pensasen que debían evangelizar al mundo, y después de su muerte quedasen como ministros suyos bajo la dirección de los apóstoles en un grado inferior de jerarquía, pero con la misma misión de predicar el Evangelio.

»Designó, pues, el Señor otros setenta y dos, y repartidos en binas, los envió antes que él a todos los pueblos y aldeas adonde él pensaba llegar».

Muchos eran estos pueblos, y muchos más habían de ser después. Y al ver Jesús que para todos ellos no contaba más que con aquellas treinta y seis binas, viendo que eran tan pocas para lo que él quería, les repitió lo que en otras ocasiones había dicho:

«—La mies es mucha; los operarios sois pocos. Rogad, pues, al Señor de la mies que envíe operarios a su mies. Vosotros id. Yo os envío como corderos en medio de lobos. Sed, pues, prudentes como serpientes y sencillos como palomas. No llevéis saquillo, ni alforja, ni calzado, y no os detengáis a saludar en el camino. En la casa en que entréis decid lo primero: ¡Paz a esta casa! Y si allí hay algún hijo de la paz, sobre él descansará la que le dais; y si no le hay volverá la paz a vosotros. Permaneced en una misma casa, y comed y bebed lo que tengan; porque bien merece el obrero su paga. No andéis pasando de una casa a otra. En los pueblos en que entréis y seáis recibidos comed de lo que os den, curad los enfermos que allí haya, y decid: Se os acerca el Reino de Dios. Si entráis en algún pueblo y no quieren recibiros, salid a la plaza y decid: Aun el polvo que se nos ha pegado de vuestro pueblo os lo sacudimos, pero sabed esto: que el Reino de Dios se acerca.

»Y yo os aseguro que en el día del juicio, será más tolerable el castigo de Sodoma y de Gomorra que el de esos pueblos».

Al llegar aquí se acordó de lo que con él habían hecho en Galilea muchos pueblos, y de lo mal que lo habían recibido y tratado, a pesar de sus bondades, y trasladándose allá con su pensamiento, y para animar también a sus discípulos, si en algún sitio eran mal recibidos, con acento terrible de indignación «comenzó a reprobar a las ciudades que a pesar de haber hecho él tantos prodigios no hicieron penitencia».

«—¡Ay de tí, Corozáin, ay de tí, Betsaida! porque si en Tiro y en Sidón se hubiesen hecho los prodigios que en vosotras se han hecho, ya hace mucho que se hubieran sentado a hacer penitencia en ceniza y cilicio. En cambio yo

os aseguro que en el día del juicio se tendrá más suavidad con Tiro y con Sidón que con vosotras.

»Y tú, Cafarnaúm, ¿acaso piensas levantarte hasta los cielos? Hasta el infierno sí que vas a ser hundida. Porque si en Sodoma se hubiesen hecho los prodigios que en ti, de seguro que todavía estaría en pie. En cambio yo os aseguro que en el día del juicio se tendrá menos rigor con Sodoma que contigo».

Volviendo entonces su discurso a sus discípulos y alentándolos, les dijo:

«—El que os reciba a vosotros me recibe a mí, y el que me recibe a mí, recibe al que me envió. El que recibe a un profeta por ser profeta, recibirá premio de profeta, y el que recibe a un justo por ser justo, recibirá premio de justo. Y el que dé a uno de estos pequeños aunque no sea más que un vaso de agua fresca por ser mi discípulo, yo os aseguro que no perderá su premio.

»El que os oye a vosotros me oye a mí, el que os desprecia me desprecia a mí. Y el que me desprecia a mí desprecia al que me ha enviado».

141. REGRESO DE LOS SETENTA Y DOS MISIONEROS

(L. 10, 17-24; Mt. 11, 25-30)

Y fueron las binas y con la bendición de su Maestro hicieron mucho fruto en breve tiempo.

«Y volvieron los setenta y dos llenos de gozo, diciendo:

»—¡Señor! hasta los demonios se nos han sujetado a nosotros por tu nombre!»

Llenóse Jesús de paternal alegría al ver la de sus discípulos, y les dijo:

«—Ya estaba yo viendo a Satanás caer como un rayo del cielo. Veis que os he dado el poder de conculcar serpientes y escorpiones, y toda la fuerza del enemigo, y nada os hará daño. Pero no os alegréis de que los espíritus se os sometan. Alegraos de que vuestros nombres están escritos en los cielos».

Entonces el buen Jesús, viéndose reunido con todos los suyos, alegre de ver la satisfacción de todos ellos, la fidelidad con que habían trabajado, el fruto que habían conse-

guido, y la gran misión a que todos ellos estaban destinados, y que pronto, antes de un año había de comenzar, regocijóse en el Espíritu Santo y dijo:

«—Gracias te doy, oh Padre, Señor de cielo y tierra, porque habiendo escondido estas cosas a los sabios y prudentes, las has revelado a los humildes. Sí, Padre, así lo has querido. Todas las cosas me han sido entregadas a mí, por mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre, ni quien es el Padre sino el Hijo y a quien el Hijo se lo quiera revelar.

»Y volviéndose a sus discípulos, dijo:

»—Dichosos los ojos que ven lo que vosotros estáis viendo. Porque yo os aseguro que muchos profetas y reyes desearon ver lo que vosotros estáis viendo, y no lo vieron, y oír lo que estáis oyendo y no lo oyeron».

Y recordando que muchos esquivaban su doctrina y su evangelio, como si fuese duro y difícil, lleno de infinita amabilidad y ternura para con los que estaban presentes y para con todos los que en todo tiempo íbamos a ser sus discípulos, pronunció estas deliciosísimas palabras que a todos nos deben animar.

«—Venid a mí todos los que estáis cargados y estáis trabajando, y yo os aliviaré. Tomad para vosotros mi yugo, y aprended mi doctrina; porque yo soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera».

Dejémoslo aquí. ¡Qué más suavidad podrán añadir nuestras palabras y comentarios a las suavísimas y clarísimas que Cristo acaba de pronunciar? Quede este sabor de néctar en nuestra alma, y repita agradecido el corazón:

Oh cuán suave es, Señor, tu espíritu!

142. UN DOCTOR DE LA LEY TENTANDO AL MAESTRO

(L. 10, 25-29)

Y prosiguió Jesús su viaje lento y con toda intención retardado hacia Jerusalén, dejando pasar el tiempo de modo que no llegase a toda la fiesta de la Escenopegia, que no quería, como sabemos, celebrar este año.

Y debía estar cerca ya de Jerusalén, tal vez, según podemos juzgar verosímilmente, en Jericó o en alguna población cercana, cuando un día en que se hallaba explicando al pueblo su doctrina, de en medio de los oyentes se levantó un legisperito o doctor de la ley, y por tentarle a ver lo que sabía y cómo respondía a sus preguntas y dificultades, le dijo:

«—Maestro, ¿qué tengo que hacer para lograr la vida eterna?»

Diestramente el Señor, en vez de responder, preguntó a su vez al Doctor:

«—¿Qué está escrito en la Ley? A ver, lee.

»Repuso el Doctor y dijo:

»—Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente. Y a tu prójimo como a ti mismo.

»—Muy bien respondido, le dijo el Señor; haz eso y tendrás la vida».

Un poco desairado quedaba el doctor. Porque por la respuesta se veía que la pregunta no era tan singular ni escondida como para que todo un doctor de la Ley se levantara a molestar al Señor por ella. Alguna cuestión más difícil, algún misterio más escondido, alguna dificultad más enredada debía esperarse de una persona tan instruída, y no aquello a que se podía responder con uno de los textos más conocidos de la Ley, que lo llevaban en sus filacterias y lo recitaban a cada paso. Creyóse corrido el doctor si no preguntaba otra cosa; y para quedar bien, «queriendo, dice San Lucas, justificarse a sí mismo», es decir, dar a entender que no preguntaba sin motivo, añadió esta otra pregunta, que cierto, era un poco más sutil y difícil.

«—Y ¿quién es mi prójimo?»

Sereno y bondadoso Jesucristo, no mostró disgusto por la malicia y poca lealtad del que le examinaba, sino viendo la ocasión de exponer su doctrina sobre uno de los puntos de él más estimados, la cogió, y tomando la palabra, dijo una de sus más hermosas enseñanzas y una de sus más delicadas parábolas.

143. LA PARÁBOLA DEL SAMARITANO

(L. 10, 30-37)

Acababan, como lo hemos visto, de pasar por Samaría. Habían allí sido muy mal recibidos. Estaban, según parece, cerca de Jericó o en Jericó acaso. El sitio o camino entre Jericó y Jerusalén solía estar sembrado de ladrones, y por tanto ocurrían allí muchas desgracias. Y Jesús aprovechándose de las circunstancias que tenía a la vista, dijo:

«Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de ladrones, que le despojaron, le plagaron de heridas, le dejaron medio muerto y se fueron.

»Y sucedió que un sacerdote bajaba por el mismo camino, y le vió, pero pasó de largo.

»Pasó igualmente un levita, y habiéndose aproximado y vístole se alejó.

»Mas un Samaritano que venía de camino, vino a su lado, y viéndole se movió a misericordia. Y acercándose vendóle sus heridas, infundió en ellas vino y aceite, lo montó en su jumento, lo llevó a un mesón y allí lo cuidó. Y al día siguiente sacó dos denarios y los dió al mesonero, diciéndole: Ten cuidado de éste, y todo lo que gastes yo te lo pagaré cuando vuelva».

Entonces Jesucristo se volvió al Legisperito, que escuchaba sin saber del todo adonde iba, y le dijo:

«—¿Quién de estos tres te parece que es prójimo a aquel que cayó en manos de ladrones?» Es decir ¿quién de estos tres te parece que guardó bien la ley del prójimo, y entendió bien quien era su prójimo?

»Y respondió el Legisperito:—El que tuvo misericordia de aquel».

No se atrevió el judío a decir *el Samaritano*, sino que lo dijo en general, «el que se compadeció».

«Pues bien—añadió Jesucristo:—vé y haz tú lo mismo».

Divina enseñanza. ¿Quién es el prójimo? No es el prójimo solamente el pariente, o el paisano, o el amigo, o solo aquellos a quienes algo debemos. No es sólo el judío para el judío, como creían muchos judíos, y sin duda también el Legisperito. *Prójimo* es el *próximo*, el que está a tu lado,